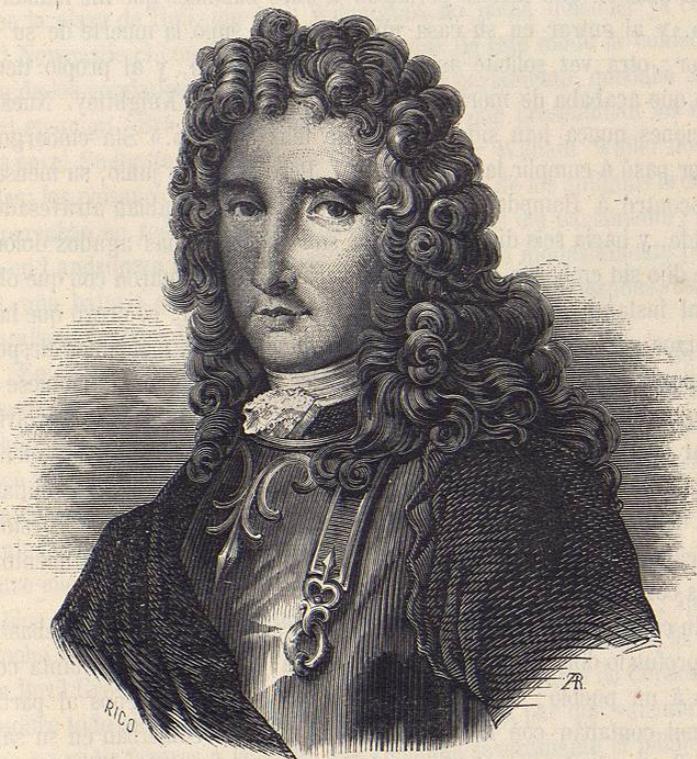


en denunciarlos, y aun comprometió con sus respuestas al mismo conde de Northumberland y á muchos otros. Si bien muy pocos se hubiesen adelantado á actos legalmente culpables, muchos sin embargo habian conocido y aprobado lo que se preparaba. Pero el parlamento, con valor muy cuerdo, no quiso abusar contra sus enemigos ni de su imprudencia ni de la bajeza de un cómplice, antes juzgó que para su seguridad le bastaba la justicia. Unicamente siete individuos fueron entregados á un consejo de guerra, y de cinco que salieron condenados, solo Challoner y Tompkins sufrieron la pena. Ambos murieron denodadamente, pero muy ajenos de creerse mártires, antes al contrario dando á entender con la mas convincente franqueza que dudaban de la justicia de su causa. «He rogado á Dios, dijo el primero al subir al cadalso, que si nuestro plan no debia contribuir á su gloria nos lo diese á conocer; mis ruegos han sido oidos.—Me alegro, dijo el segundo, que se haya descubierto la trama, porque hubiera podido tener fatales resultados.» Tocante á Waller se le perdonó la vida en gracia de sus confesiones por el crédito de algunos de sus deudos, entre los que figuraba su primo Cromwell, y tal vez por aquella consideracion que siempre se merece el talento, aun cuando se halla deslustrado por la cobardía.

Durante algunos días se lisonjearon los comunes de que el descubrimiento y el castigo de esta conspiracion llevaria el espanto á Oxford, intimidaria en Londres á los realistas, suspenderia las disensiones de las cámaras, y los libraria por último de la embarazosa situacion, en que se gastaba infructuosamente su energia. Mas pronto se desvanecieron estas esperanzas: no bien habian acabado de resonar en los templos las acciones de gracias, aun no habia acabado de recibirse el nuevo juramento de union decretado en los momentos de peligro, cuando el parlamento se vió hecho en lo exterior blanco de los descalabros, y en lo interior de los mas violentos debates.

No se habia apesadumbrado mucho el rey por el mal éxito de la conspiracion, pues al propio tiempo le habia llegado la noticia de que en el Sur, en el Oeste y en el Norte, habian alcanzado sus generales notables ventajas; y ciertamente apreciaba en mas triunfar por el denuedo de sus caballeros, que por medio de secretas composiciones con los ciudadanos. El 19 de junio, un inesperado acontecimiento pareció abrirle el camino de la capital y del parlamento. En la llanura de Chalgrave, á algunas leguas de Oxford, se esparció la voz de que con una carga de caballería habia el príncipe Roberto sorprendido y arrollado á los parlamentarios,

y que Hampden habia sido herido: «Acabo de verle, dijo un prisionero, retirarse del campo de batalla contra su costumbre antes de concluirse la refriega, con la cabeza caida sobre el pecho, y las manos apoyadas en el cuello del caballo: seguramente iba herido de gravedad.» La noticia es-



EL DUQUE DE HAMILTON.

citó en Oxford una viva emocion, pero mas de curiosidad que de júbilo; con dificultad se creia que pudiese sucumbir tan de improviso un hombre como él: por eso todos titubeaban en dar muestras de regocijo. El mismo rey no pensó en los primeros momentos mas que en aprovechar la co-

yuntura para probar una conciliacion con tan poderoso enemigo, que tanto le habia dañado, pero que en sentir comun podia repararlo todo.

Encontrábase en Oxford el doctor Giles, paisano de Hampden, con quien habia conservado relaciones familiares: «Indagad noticias del herido, le dijo el rey, si le faltan cirujanos, podrá servirse del mio.—Señor, respondió el doctor, no soy muy á propósito para esto; cuantas veces he pedido algo á Hampden, le he parecido ave de mal agüero; le rogué en cierta ocasion que hiciese perseguir á unos bandidos que me habian robado, y al entrar en su casa mi mensajero supo la muerte de su hijo mayor; otra vez solicité asimismo su intervencion, y al propio tiempo supo que acababa de morir su amada hija, mistress Knightley. Nuestras relaciones nunca han sido para él de feliz auspicio.» Sin embargo, el doctor pasó á cumplir la comision real. Pero el 24 de junio, su mensajero encontró á Hampden moribundo: dos balas le habian atravesado la espalda, y hacia seis dias que estaba sufriendo los mas agudos dolores. Se le dijo sin embargo que deseaban verle, y le informaron con que objeto: al instante dió muestras de la mayor agitacion; se creyó que hacia esfuerzos para hablar, pero no pudo y murió pocos momentos despues. En cuanto lo supo se alegró de ello Carlos mucho mas que si hubiese sabido que estaba dispuesto á una transaccion: desde entonces no se volvió á hablar de Hampden en la córte de Oxford sino para recordar sus ofensas ó para notar con aire de triunfo que habia muerto en el mismo condado, cerca del paraje donde antes que en ningun otro punto se habia puesto en ejecucion el decreto del parlamento sobre la milicia y el levantamiento de tropas contra el rey.

En cambio se dieron en Lóndres y en casi todo el reino pruebas del mas profundo dolor. Ningun hombre habia jamás inspirado tanta confianza á un pueblo; todos cuantos eran adictos mas ó menos al partido nacional contaban con Hampden, los moderados confiaban en su sabiduría, los exaltados en su celo patriótico, los justos en su rectitud, y los intrigantes en su habilidad. Prudente y reservado al tiempo que dispuesto á arrostrar los peligros, no habia aun dado lugar á ninguna desconfianza, poseia todos los afectos, y su muerte dejaba repentinamente un vacío en todas las esperanzas. Suerte milagrosa que fijó para siempre su nombre en la altura á que le habia subido el anhelo de sus contemporáneos, y salvó tal vez su virtud como su gloria de los escollos contra los que acostumbran á estrellarse los mas nobles favoritos de las revoluciones.

Su muerte fue como la señal de los desastres del parlamento, que se sucedieron sin interrupcion durante el trascurso de dos meses, agravando de dia en dia el mal todavia oculto que los motivaba. Los enemigos de Essex, haciendo que todo faltase á su ejército, habian sin razon contado con los triunfos de sus rivales. Interin el general en jefe y el consejo de guerra que residia junto á él enviaban en vano correos sobre correos para pedir dinero, vestidos, municiones y armas, se supo que en el Norte acababa de ser batido Fairfax, que sir John Hotham iba á entregar á la reina la plaza de Hull, que lord Willoughby no podia defender ya contra lord Newcastle el condado de Lincoln, y que de este modo la confederacion de los condados del Este, antemural del parlamento, quedaba abierta al enemigo. Era aun mas triste el aspecto que presentaban los negocios en el Sudoeste: en una semana perdió sir William Waller dos batallas; los paisanos de Cornouailles, descendientes de los antiguos bretones, dispersaban en todos los encuentros á los reclutas del parlamento; se le vió en Landsdown tomar despues de haber pedido modestamente permiso, una bateria que se creia inaccesible, y quince dias despues, bajo las murallas de Bristol, subieron al asalto con la misma osadia.

En este condado no se habian traspasado las propiedades, de modo que desde muchos siglos vivian en ella los mismos gentil-hombres rodeados de las mismas familias de los colonos: piadoso y sencillo el pueblo, poco amigo de innovaciones y docil sin temor á la influencia de la nobleza, sentia por ella y por sus costumbres el mismo entusiasmo que los mas exaltados parlamentarios por sus opiniones y derechos. Por otra parte, entre ellos y los condados cercanos, contaba el rey algunos de sus mas sabios defensores; el marques de Hertford, cuñado de Essex, que por mucho tiempo habia vivido retirado en sus tierras por tedio á la córte; sir Bevil Greenville, el mas popular de sus gentil-hombres de Cornouailles, y sobre todo sir Ralph Hopton, hombre de bien al par que valiente oficial que no pedia favores á la córte, que reprimia severamente el pillaje, protegía á las poblaciones, y creia llenar sus deberes de fiel súbdito ofreciendo el corazon de un buen ciudadano. El mérito de tales jefes, y el desnudo de semejantes soldados, llenó de terror á Waller y á su gente: no cuidó de mantener la disciplina en sus tropas, y asi es que se desertaban á bandadas. Los mismos comisionados que enviaba el parlamento para escitar el celo del pueblo, se sentian poseidos de igual pavor y lo comunicaban á los demás. Cierta dia al enseñar los magistrados de Dorchester las fortificaciones de su poblacion á Strode, pidiéndole su parecer,

les dijo : « Todo esto no contendría por una hora á los caballeros : para ellos es un juego escalar murallas de veinte pies de alto. »

Dorchester se rindió á la primera intimacion ; Weymouth, Portland, Barnstaple y Bediford siguieron su ejemplo : lo propio habian hecho ya Taunton, Bridgewater y Bath ; Bristol, segunda poblacion del reino, cedió al primer asalto por la cobardía de su gobernador Nathaniel Fiennes, que no obstante era uno de los jefes del partido mas violento. Todos los dias llegaban á Lóndres noticias de algun descalabro ; en Oxford por el contrario crecia la fuerza con la confianza ; la reina se habia al cabo reunido al rey, llevándole artillería y un refuerzo de 3,000 hombres : su primera entrevista tuvo lugar en la llanura de Keynton, sobre el mismo terreno, donde el año anterior se habian combatido por primera vez ambos partidos. El mismo dia y á la misma hora, Wilmot y Hopton alcanzaban en Roundway-Down la mas brillante victoria contra los parlamentarios. Carlos y su esposa entraron en Oxford triunfalmente ; y Waller, que al partir para el ejército habia dado orden á todos los constables de que estuviesen preparados para recibir sus prisioneros, volvió á Lóndres sin soldados.

Essex, siempre inmóvil, y achacando su inaccion á los mismos que se la echaban en cara, era espectador de tales derrotas sin experimentarlas ni prevenirlas. Escribió por fin á la cámara alta : « Pienso que será conveniente pedir al rey la paz, garantizando la religion, las leyes y las libertades de los súbditos, como tambien el castigo de los principales delincuentes que han acarreado al reino tantos males. Si este paso no nos procura un tratado, será, segun creo, preciso suplicar á S. M. que se aleje de esta escena de carnicería, y entonces en un dia, ambos ejércitos pondrán fin á la querrela. » Algunos dias antes hubiera sido bien recibida esta carta ; al rumor de los primeros reveses, habian los lores protestado solemnemente su fidelidad al rey, y redactado nuevas proposiciones de paz ; los representantes del pueblo por el contrario, mas indignados que abatidos, habian intimado á la cámara alta que adoptase en fin su resolucion tocante al gran sello, y en vista de su negativa, por su propia autoridad mandaron grabar uno, que llevaba de una parte las armas de Inglaterra y de Irlanda, y de otra la representacion de la cámara celebrando sesion en Westminster, sin asomo de signo alguno que recordase á los lores.

En tal punto de discordia, seguramente habrian secundado estos las miras pacíficas del general ; pero, por aquel tiempo envaneido el rey con sus ventajas, declaró oficialmente que los individuos reu-

nidos en Westminster no formaban ya dos verdaderas cámaras, que la ausencia de tantos miembros, y la falta de libertad en sus deliberaciones les habia hecho perder toda su existencia legal ; que en adelante no les daria el nombre de parlamento, y en fin, que prohibia á sus súbditos obedecer á ese conjunto de traidores y sediciosos. Una reprobacion tan general y violenta restableció prontamente la union entre las dos cámaras : el 5 de julio decretaron de mancomun que se delegarian comisionados á sus hermanos los Escoceses para pedir que enviasen un ejército en auxilio de los protestantes de Inglaterra amenazados de caer bajo el yugo de los papistas. Asi fue que cuando recibieron los lores la carta de Essex, votaron que no enviarian al rey peticiones ni proposiciones de paz hasta que hubiese revocado la proclama en que decia que las dos cámaras no formaban ya un parlamento libre y legal.

No insistió Essex : honrado y sincero, creyó cumplir con un deber aconsejando la paz ; por lo demás, respetaba á las cámaras, y sin embargo de haberles dado un consejo, estaba sumiso á sus órdenes. Por unos dias pareció reinar en Lóndres la mayor armonía entre los partidos : todos se reunieron para colmar á Essex de pruebas de aprecio ; pronto recibió municiones y refuerzos : al mismo tiempo Waller, á pesar de sus desgracias, recibió mercedes por su valor, como hombre que aun podia ser útil. Se ordenó la formacion de un nuevo ejército en los condados del Este, al mando de lord Manchester, y dándole por segundo á Cromwell. Hotham, á quien los comunes habian prevenido á tiempo arrestándolo en Hull antes que hubiese podido entregar la plaza, y esperaba en la torre su castigo, fue reemplazado en el mando por lord Fairfax. De los comisionados que debian partir para Escocia, los dos fueron nombrados por los lores y los cuatro por la cámara baja, y se les invitó á apresurar su marcha. La mayor parte de los miembros de la asamblea de teólogos dejaron asimismo la capital para ir cada uno á su parroquia á calmar las inquietudes del pueblo y escitarle á nuevos esfuerzos. Diariamente, en alguno de los templos de Lóndres, delante de un numeroso concurso de madres, hijos y hermanas, se celebraban ceremonias especiales para invocar la proteccion de Dios sobre todos cuantos se dedicaban á la defensa de su patria y de su fé : y al amanecer, al redoble del tambor, muchos ciudadanos de todas edades, sexos y condiciones, salian en bandas para trabajar en las fortificaciones. Jamás, ni en las cámaras ni entre el pueblo, se habia desarrollado tan prudente y concertada energia.

Pero el peligro era mayor cada día, pues las ventajas del rey continuaban en todas partes. A pesar del entusiasmo público muchos rehusaban comprometerse mas por el parlamento. Lord Grey de Wark, uno de los comisionados, elegido por la cámara alta para pasar á Escocia, no aceptó el encargo; los lores le enviaron á la torre, mas no por esto dejó de escusarse tambien el conde de Rutland, que debia acompañarle: este último alegó al menos falta de salud. Forzoso les fue á los comisionados de la cámara baja partir solos, y aun por mar, pues los caminos del Norte no eran seguros, ni Fairfax bastante fuerte para hacerlos escoltar: veinte dias duró su travesía. Entre tanto, mejor aconsejado el rey, publicó una proclama mas templada, y con la esperanza volvió á renacer tambien el deseo de la paz. El 4 de agosto, á propuesta del conde de Northumberland, adoptaron los lores varias proposiciones dirigidas al rey las mas moderadas de que hasta entonces se habia hablado: se prescribia por ellas el pronto licenciamiento de los ejércitos, se llamaban á residir en las cámaras á los miembros que se habian alejado para servir al rey, y se dejaban además por decidir las cuestiones de la milicia y de la glesia, la una á merced del sínodo, y la otra á voluntad del parlamento. Al día siguiente las pasaron á la otra cámara, declarando con tono soberbio arrogante que era ya tiempo de poner término á las calamidades del país (1). Sorprendido el partido de la guerra por tan repentino ataque, insistió en vano sobre el peligro de perder con la precipitacion el fruto de tantos esfuerzos y males ya sufridos, y en vano pidió que se esperase al menos la respuesta de Escocia. «Se murmura, les respondieron, por haberse interrumpido las negociaciones de Oxford; bien es verdad que el pueblo bajo de Lóndres parece dispuesto á continuar la guerra, pero es evidente que los ciudadanos ricos y notables no la quieren, puesto que se niegan á nuevos empréstitos para sostenerla. ¿Qué mal hay por otra parte en dirigir al rey proposiciones razonables? Si las acepta, tendremos paz; si las rehusa, su negativa nos valdrá mas soldados y dinero que en vano os tratarais de proporcionar con decretos.» Por una mayoría de noventa y cuatro votos contra sesenta y cinco se tomaron en consideracion las proposiciones de los lores.

(1) 5 agosto 1543. «Señores, dijo el presidente, es evidente para todos que tras tantos horrores este reino, que tiene tantos elementos de prosperidad, va á verse desolado enteramente; y los mismos que debian velar por su prosperidad le ponen en peligro con sus disensiones.

Estalló en el partido una turbacion violenta; la paz pedida de este modo en medio de los reveses, no era una transaccion, sino una derrota; dejaba todos los intereses públicos y privados bajo el peso de los mas vivos temores, y desvanecía las esperanzas de los patriotas que deseaban mas amplia reforma, y las de los ambiciosos que querian una revolucion: determinóse probarlo todo para desecharla.

El 6 de agosto por la tarde, sin atender á que fuese domingo, Pennington, lord corregidor, á quien habia escludido el rey de toda amnistía, convocó la municipalidad, y al día siguiente una peticion fulminante intimó á la cámara baja que desechasen las proposiciones de los lores, y que adoptasen un decreto que el mismo mensajero presentaria por modelo. Una muchedumbre inmensa, avisada por medio de pequeños folletos esparcidos la víspera, apoyaba la peticion con sus clamores. Habiendo llegado los lores á Westminster al través del tropel, se quejaron inmediatamente á los de la otra cámara, declarando que suspenderian sus sesiones hasta tanto que se hubiese hecho justicia sobre tamaños atentados. Pero los diputados del pueblo habian puesto ya á discusion las proposiciones de paz, y despues de un largo debate todavía fueron aprobadas por 81 votos contra 79. El desórden fue extraordinario: de afuera esclamaba el pueblo que no se retiraria sin que se le diese una favorable respuesta y en lo interior los enemigos de la paz reclamaban violentamente por un nuevo escrutinio, sosteniendo que se habian engañado, y que no se les burlaria de este modo. Fue preciso ceder: 81 votos persistieron en la paz; pero los escrutadores que contaban los de la negativa declararon 89, y los partidarios de la paz salieron consternados.

A los dos dias, 9 de agosto, buscaron un desquite. Desde el amanecer se formó al rededor de Westminster una reunion de dos ó tres mil mujeres, que llevaban sobre su cabeza pañuelos blancos, simbolo de paz, y la pedian en efecto por medio de una peticion lastimosa. Sir John Hippisley pasó á decirles: «Que la cámara deseaba tambien la paz, que esperaba poderse la procurar pronto, y que entre tanto las invitaba á que se restituyesen á sus casas.» Las mujeres no hicieron caso, y á eso del medio día subía ya su número á mas de 5,000; se mezclaron entre ellas algunos hombres vestidos de mujeres, y á su instigacion penetró una banda hasta la puerta del salon de la cámara, esclamando: «Paz! Paz!» La guardia las instó á que se retirasen; pero se redoblaron los gritos: «¡Qué se nos entreguen los traidores que están contra la paz! qué se nos deje hacerlos pedazos! qué se nos entreguen á ese charlatan

Pym!» Fueron rechazadas hasta la puerta de la plaza, y aun se dispararon al aire algunos tiros para espantarlas. «Esto no es mas que pólvora,» gritaron ellas, apedreando á los milicianos de la guardia. Esta hizo entonces una descarga verdadera; llegó en esto un escuadron de caballería, y cargó sobre la muchedumbre con sable en mano; todavía se obstinaban las mujeres, y llenaban de imprecaciones y pedradas á los ginetes. Forzoso les fue huir por último; y despues de algunos minutos de un horroroso tumulto solo quedaron alrededor de Westminster siete ú ocho mujeres heridas que lloraban, y dos muertas. Una de estas era bien conocida del pueblo, pues desde su infancia iba cantando por las calles de Lóndres antiguas baladas del país.

La victoria era completa, pero cara, puesto que para lograrla se habia echado mano de la falsedad y de la violencia, medios no muy buenos cuando la reforma se hace en nombre de las leyes, y se aspira á ponerlas en vigor. Decíase ya públicamente que el parlamento ponía en accion los mismos medios que tanto se echaban en cara al rey. La cámara alta estaba indignada, se habia derramado sangre del pueblo: los odios intestinos empezaban ya á absorberlo todo. Pronto supieron los jefes de la cámara baja que muchos miembros impulsados por los principales lores, se proponían salir de Lóndres, refugiarse en el campamento de Essex, proclamar que se separaban de un parlamento esclavo de la muchedumbre, y abrir negociaciones con Oxford. La probidad de Essex desvaneció este plan, y bastante afortunados fueron los conspiradores con saber que no se les descubriría.

No obstante algunos abandonaron la capital para pasarse al rey; y el conde de Northumberland se retiró á su castillo de Petworh. Pasmados al encontrarse solos algunos de los jefes populares, parecieron intimidarse; el mismo Pym fue acusado de tener correspondencia con el enemigo. Por otra parte, los mas violentos y fogosos demagogos empezaban á manifestar sus secretos sentimientos: John Saltmarsh, que fue despues capellan en el ejército de Fairfax, defendió: «que á toda costa se debia impedir que el rey se acercase al pueblo, y que si se negaba á sus pretensiones se le debia estirpar á él y á su raza, y conferir á otro la corona.»

El folleto fue denunciado á la cámara baja, mas Enrique Martyn lo apoyó: «No veo, dijo, ninguna razon para condenar al autor; seguramente vale mas que se arruine una familia, que no muchas.—Pido, exclamó sir Mevil Poole, que nos digais de que familia quereis hablar.—

Del rey y de sus hijos» repuso Martyn sin vacilar: osadía inaudita, y que estaba lejos de poder sostener el partido que la profería. No llegaban noticias de Escocia, y hasta se ignoraba si habian podido desembarcar los comisionados. Temíase continuamente que el rey marchase sobre Lóndres, ó que hubiese sitiado á Gloucester, única plaza que le quedaba al parlamento al Oeste del reino, y que impidiendo las comunicaciones de los realistas del Sudoeste y del Nordeste, no les dejaba obrar de concierto.

Las pasiones cedieron á los peligros, y los partidos comprendieron con claridad su situacion. Ni uno ni otro era bastante fuerte para dar un golpe de muerte á su contrario, y hacer despues con ventaja la guerra ó la paz. Asi fue que en vez de buscar su salud, los moderados en su debilidad y los exaltados en su frenesí, comprendieron los primeros que antes de tratar era necesario vencer, y los segundos que para vencer debían ellos someterse y sus contrarios mandar. Suspendióse pues toda desconfianza y ambicion. Pasó al lado de Essex una comision de la que algunos miembros eran ardorosos partidarios de la guerra, y le informó de las medidas que se acababan de tomar para el aumento y conservacion de su ejército; se le preguntó despues si necesitaba mas todavía, y se puso en sus manos la suerte de la patria, con las mas brillantes muestras de confianza del parlamento.

Por su parte el conde y sus amigos se dedicaron á la guerra con el mayor ahinco; Hollis, que habia pedido un pasaporte para retirarse al continente con su familia, desistió de este proyecto: en todas partes estaban al frente de los preparativos, de los esfuerzos y sacrificios los mas cuerdos, mientras sus fogosos contrarios los secundaban silenciosamente. Hasta tal punto llegó su firme resolucion de sacrificarse por la armonía, que permitieron el encarcelamiento y esclusion de Enrique Martyn. Tan sabia conducta tuvo sus resultados. Mientras que Waller y Manchester formaban cada uno por su parte un ejército de reserva, tuvo lugar rápidamente el aumento y abastecimiento del de Essex, único que podia entrar prontamente en campaña; se le agregaron voluntariamente cuatro regimientos de la milicia de Lóndres, y el 24 de agosto, despues de una gran revista, partió el conde á la cabeza de 14,000 hombres, para acudir al socorro de Gloucester, cuya plaza hacia quince dias que estaba estrechamente bloqueada por el rey.

Bien hubiera querido Carlos probar un golpe sobre Lóndres, y para ello se habia formado ya un plan seguro. Mientras que él se hubiera ade-